

Luciano era ya un sentenciado que sufría una condena: su situación no podía sino agravarse; empezó, pues, su martirio con la dura variación de pasar los días trabajando en un taller, en lugar del escritorio, y las noches, hasta que se viera su causa, encerrado en un calabozo.

TERCERA PARTE

I



DESDE su llegada á Paris, Mourad-Bey no habia perdido el tiempo, y después de alquilar en la calle del Circo un magnífico hotel, cuyos jardines se extendían hasta la Avenida del Eliseo, le hizo amueblar por Fleuriot, tan conocido en Paris como estimado en Oriente, desde que tuvo á su cargo alhajar el palacio del Kedive. Gracias al gusto de este tapicero, la morada del antiguo habitante de Túnez no chocaba ni por la exageración ni por la afectación de sencillez, escollo que todas las personas distinguidas logran salvar.

Mientras decoraban su nueva habitación, Mourad reanudaba amistades con sus antiguos amigos de Paris, ó con los que se habia conquistado en sus largos viajes, todas personas de la mejor sociedad parisién. Su desgracia ministerial, en lugar de dañarle, le hacia simpático, y su manera original de salir de Túnez, quemando su palacio y dando libertad á trescientas mujeres, le aseguraban las simpatías de una sociedad siempre ávida de excentricidades.

Los diplomáticos que le habían conocido en

Túnez en la época de su esplendor le ereían fabulosamente rico, y por todas estas razones, unidas á su buena figura y excelente trato, tuvo la más lisonjera acogida en todos los círculos parisienses.

Algunos de sus amigos tuvieron empeño en presentarle en esos círculos donde se reúnen los hombres á fumar, charlar ó jugar, resistiéndose él tenazmente.

—¿Para qué?— decía.— En los Clubs donde no se juega, se aburre uno, y en los que se juega, estoy demás, porque no toco una carta.

—Pues bien, veréis jugar;— le respondían;— y vuestra prudencia destacará doblemente en parangón con nuestros vicios.

Estos razonamientos, constantemente repetidos, acabaron por triunfar de la resistencia de Mourad que, desde el mes de noviembre, empezó á gozar de los espectáculos, de los vicios parisienses. En los dos ó tres círculos que fué presentado, era buscado, estimado, no solamente por sus condiciones personales, sino porque no desdeñaba favorecer al jugador desplumado que ya no tenía ni crédito ni casa. Su bolsa estaba abierta para sus amigos y muchas veces se anticipaba á sus deseos.

—Como no juego jamás,—les decía,—me considero rico por todo lo que hubiera perdido: dejadme, pues, poner á vuestra disposición las ganancias que debo al espectáculo que todas las noches me ofrecéis.

No se limitaban sus favores á sus amigos íntimos; en una ocasión había salvado al Gerente de un Club, y como éste quisiera interesarle en sus beneficios, el ex Ministro tunecino, de ordinario afable y cariñoso, se ofendió, respondiendo con altanería:

—Si yo hago un favor á mis amigos, se lo hago

gratis, y no especulo con una pasión que deploro y sería el primero en querer corregir.

En efecto, trabajaba en este sentido y había dicho alguna vez á sus íntimos amigos:

—¿Por qué no renunciáis á un vicio que absorbe vuestras facultades como si los demás placeres de la vida no existieran? Si no sabéis en qué pasar la noche, haced como yo, mirad jugar. Si observárais como observo, os convenceríais de que no hay ganancia segura, que el beneficio de un mes se pierde en una noche, y no luchéis contra ningún enemigo que al fin os devorará, y que esconde otro enemigo más terrible aún, el *griego*.

—¿Creéis que no es un mito?

—Tengo la convicción de lo que digo. Pero cuando hay personas que, como yo, no juegan y lo observan todo, el *griego* se escama y desaparece: donde yo estoy, no hay *fulleros*, tenedlo por seguro.

¿Qué les importaba á aquellos hombres, cegados por la pasión del juego, las observaciones y saludables consejos de aquel intruso, que se atrevía á vituperar su conducta, y se empeñaba en poner de relieve sus vicios?

Querían trato con Mourad, por si en un momento dado tenían que recurrir á su generosidad, por lo demás, ¿qué les importaba la vida de aquel oriental?

Desde su llegada á Paris, nadie era más asiduo que él en los distintos círculos de que formaba parte.

Despertábase á las once de la mañana, se vestía, almorzaba, y á las tres salía de su casa, ocupando una berlina tirada por dos yeguas inglesas, perfectamente enjaezadas; el cochero, con librea irreprochable, guiaba sus yeguas hacia los Campos Eliseos, recorría la Avenida del Bosque de Bolonia, se detenía en la calle, que costea el lago,

donde Mourad bajaba para pasear una media hora, devolviendo saludos y estrechando la mano de algún amigo.

Ocupaba de nuevo su carruaje, y el cochero, sin recibir órdenes, como obedeciendo á una consigna, tomaba el camino de la Muette y calle de Ranelagh, entrando en el patio de un hotel, cuya puerta se abría al llegar el carruaje, deteniéndose ante la escalinata de estilo morisco. Mourad subía los escalones, atravesaba el vestíbulo, y entraba en un salón decorado á la oriental, donde había alojado á la hermosa circasiana, porque Mourad, sin olvidar del todo las costumbres de su país, se permitía el lujo de un segundo palacio, cerrado á los hombres y consagrado á las mujeres, especie de harén en miniatura, donde la esclava favorita permanecía inamovible. Nada había cambiado en la existencia de Fatmah; sólo en lugar de tener por rivales las cuatro esposas legítimas y las varias odaliscas de Tunez, veía pasar ante sus ojos y ocupar algunos instantes la atención de su señor, esposas infieles, aventureras actrices y bailarinas.

Paris empezaba á conocer el asilo reservado á los amores de Mourad, y más de una curiosa del *demi-monde* no resistía al deseo de estudiar uno de los aspectos de la vida oriental. Había más de una indiscreta que, olvidando que en ello se comprometía, ponderaba el lujo de aquella casa, la galantería del dueño ó la hermosura de la esclava que habían admirado un momento con su traje oriental.

Mourad, el doce de Marzo, no permaneció más que una media hora con Fatmah, y subiendo de nuevo en su carruaje, se dirigió á Paris.

II

A las cinco entraba en uno de los círculos más conocidos: éste estaba muy concurrido, porque desde hace algunos años, antes de comer, los socios de los más elegantes Clubs, se reúnen á jugar algunas partidas ó charlar por pasar el tiempo.

—Y bien,— dijo Mourad después de saludar á varias personas que le rodearon,— ¿qué tal va esto hoy? ¿Estáis contentos del *banquero*?

—No va mal, no va mal,— dijeron algunos;— la *banca* se ha renovado ya tres veces.

—¡Hola! ¡Es cosa de verlo!

Y se acercó á la mesa de juego, estrechando la mano de uno, ó devolviendo saludos á su paso.

El *banquero* siguió perdiendo, y tuvo que renunciar á la lucha. La *banca* subastada fue adjudicada en doscientos lises, y el que se la llevó era de unos cuarenta años, conocido en el Círculo, jugador de buena suerte, pero sin haber dado jamás motivo para que se dudase de su buena fe: jugaba poco tiempo, no *apuntaba* jamás, ni *tañaba* más que una *banca*... Aquel día tuvo tanta suerte como de costumbre; ganó las tres primeras *tiradas*, con los *puntos* de *seis*, *siete* y *cuatros*, y arrojó la *baraja* al *cesto*; su ganancia era de unos veinte mil francos. Se dió por satisfecho, y dejó el Club, sin que nadie le echara de menos; tan animado estaba el juego en aquel momento.

Mourad salió pocos instantes después y se dirigió á otro Club, donde fue también cariñosamente acogido. A poco de llegar, un joven ele-

gante, de maneras sueltas, tomó la banca exclamando:

—Señores, mucho cuidado; hoy tengo instintos afortunados; ved lo que hacéis.

—No nos vengáis con *músicas*, —le dijo otro.

Música en el *caló* de los jugadores, es hablar en broma, y en broma debía hablar el *banquero*, cuando á pesar de su seguridad, perdió en tres *jugadas* consecutivas cincuenta lises. Amostazado pidió otra baraja, la mezcló mucho y largo rato, con pretexto de cambiar la suerte, y en efecto, la cambió, porque recobró todo su dinero y un beneficio de muchos miles de francos.

—Basta por hoy, —dijo arrojando las cartas; — ya he ganado la comida.

—¡Y succulenta! —dijo uno de los *puntos* desgraciados.

En el tercer Círculo que visitó Mourad, quiso la casualidad que viese tallar otro banquero afortunado, y como en esto llegó la hora de comer, dejó la sala de juego y pasó al comedor, donde comió alegremente entre varios amigos.

A las nueve se dirigió á la *Opera* y tomó asiento en una butaca de orquesta que tenía abonada. Aplaudió con los abonados que tenía cerca á la bailarina de moda, y abandonó la *Opera* en cuanto concluyó el baile. Visitó después otros varios Clubs de que formaba parte, deteniéndose media hora en uno, una hora en otro y visitando alguno que no había visitado por la tarde.

A las tres de la mañana, cuando ya las partidas comenzaban á perder su interés, salió al *boulevard*, y después de pasear un rato y convencerse de que nadie le seguía, tomó un coche de plaza, porque al salir del teatro había despedido al suyo; y un cuarto de hora después llegó á la Avenida Villiers, y delante de un pequeño hotel, separado de otras casas por terrenos sin edificar, des-

pidió el coche, se dirigió á la puerta, sacó una llave del bolsillo y entró.

Un mechero de gas, todavía encendido, le permitió dirigirse á la escalera; subió al piso principal y se encontró en una habitación elegantemente amueblada, y en una mesa que adornaba el centro se veía una excelente cena fiambre. Disponíase á hacerle los honores, cuando apareció Sivasti, su antiguo Secretario.

—¡Calle! —dijo Mourad al verle, —¿has vuelto ya?

—Hace diez minutos, y ya me impacientaba tu tardanza.

—No he podido venir antes. El *Candor* no ha tallado su segunda banca hasta las dos de la madrugada, y quería darte la cifra exacta de su ganancia.

—¿Qué ha ganado?

—Diez y ocho mil quinientos francos.

—Tomaré nota. Cenemos.

—Acepto con gusto, pues me muero de hambre.

¿Eres tú quien ha preparado esta cena?

—No, mi criado.

—¡Ah! ¿has tomado criado?

—Tranquilízate; es un hombre casado, cuyo servicio termina á las siete de la tarde, se va á dormir á su casa. Estamos solos, como has deseado.

Después de hacer una profunda brecha en una terrina de *foie-gras*, Mourad respondió:

—Sería imprudente lo contrario. Si nuestros Agentes sospachasen nuestras relaciones, no podría ejercer sobre ellos la vigilancia que constituye nuestra fuerza. Saben que están vigilados, puesto que tú les dices todos los días su ganancia líquida, y están aconsejados y dirigidos, sin que ninguno de ellos sepa el nombre...

—¿Del Rey de los Griegos?... —dijo Sivasti.

—¡Rey de los griegos! Acepto el título; le acepto francamente, descaradamente si tú quieres. Desde aquel día en que, á bordo del *Africa* el señor C..., nos inició en los misterios de los *griegos*, me dije:—Mi fortuna está ahí; por este medio recobraré mas que los árabes me han robado. Lo que cada uno ha hecho en pequeño, yo lo haré en grande. Formaré una sociedad anónima, de que seré Jefe; seré Rey constitucional de una agrupación, sin comprometerme, dejando la responsabilidad á mis Ministros.

—El Ministro soy yo:—dijo Sivasti.

Levantóse de la mesa, tendióse en un largo diván, y con una copa de licor en la mano y un cigarro en la otra, exclamó:

—Dime, señor: ¿cuándo piensas en tu nueva posición, no tienes remordimientos?

—¡Remordimientos! ¿por qué tenerlos? Si acaso, cuando explotaba mis compatriotas para enriquecerme; pero, en mi calidad de musulmán, estoy en mi derecho explotando á extranjeros ó cristianos... Me figuro que, desde su Paraíso, el Profeta debe mirarme con buenos ojos.

—¿Lo creés así?—Dijo Sivasti lanzando al espacio bocanadas de humo.

—¡Sí lo creo! Figúrate, por un instante, que el Oriente está en guerra con el Occidente...

—Me lo figuro; si puede servir á tus razonamientos.

—Pues bien; como oriental, impongo un tributo á mis enemigos.

—No está declarada la guerra.

—Perdona; nuestra religión nos manda siempre combatir á los infieles; lee el Corán.

—No me pidas eso; prefiero creerte.

—Además,—continuó Maurad, paseándose por la estancia,—¿acaso encuentras á los jugadores dignos de interés? ¿Son imbéciles destinados á en-

riquecer al que sepa más que ellos! ¿Qué hacemos, después de todo? Tratamos de corregir la fortuna, que es ciega, y... *utilizamos nuestras ventajas*, como decía el cardenal Mazarino, celebremos por su sagacidad en el juego; porque, antiguamente, se tenía más tolerancia que hoy con las *habilidades*. El caballero de Grammont tenía vanidad de sus fullerías en el manejo de las cartas, lo que no le impedía figurar en las Cortes de Luis XIV y de Jacobo II de Inglaterra. Langlée, un *griego* de mérito, estaba en buenas relaciones con la Montepán, y tomaba parte en los juegos del Rey, y en tiempos de Luis XVI, los medios empleados por los jugadores y las astucias en el juego fueron tales, que se publicaron en un periódico de la época llamado *Diógenes en París*; y nadie se asombraba; nadie gritaba; se jugaba con furor; sólo, que en lugar de luchar contra la suerte, cada cual empleaba la habilidad que poseía.

—¡Qué enterado estás!—dijo Sivasti bostezando.

—He tenido que buscar los medios de calmar tus escrúpulos.

—No los tengo, los tendré el día en que esté cogido y castigado.

—Eso no puede ser.

—Pruébame.

—Nada más fácil; ¿donde están los cigarros?

—Sobre la chimenea.

III

Después de encender un cigarro Mourad, fué á sentarse enfrente de Sivasti, y le dijo:

— ¿Qué peligro corres? Ninguno, si sigues el plan que te he trazado despues de los largos debates, en que hemos discutido la idea principal. Cuando ya se presentó clara, precisa, luminosa, nos propusimos explotarla por el orden siguiente: Yo, presentándome en Paris como hombre acaudalado, hacerme recibir en todos los Clubs, inspirar confianza, no jugar jamás, afirmando que las cartas me son odiosas; pero sí observar á los jugadores, descubrir ó sorprender algun *griego*, si existía, y señalártelo. Tú, por el contrario, no debías aparecer en ningun sitio público, y en cambio, visitar á las personas que yo te señalase, y decirlas:— Conozco vuestro oficio; no os alarméis, no gritéis, sería peligroso, porque con una sola palabra os hago expulsar del Club donde operáis, y si es necesario, os hago prender. Más cuenta, pues, os tiene, que hablemos como amigos, y hagamos un trato; os tengo por un *filósofo*, pongo un capital para *trabajar* en grande escala, os ofrezco fondos con los que podéis *tallar* mil luisés; pero todos los días vendréis á darme cuentas y entregarme la mitad de la ganancia del día anterior. Así ganaréis diez veces más de lo que ganáis ahora. Os advertiré, que disfruto gran influencia oculta, puesto que yo no frecuento ningún Club; y si no aceptáis mis proposiciones antes de ocho días, seréis expulsado sin la satisfacción de saber de donde viene el golpe que os

hiere. Si, por el contrario, aceptáis, creceréis en importancia y consideración; y si, lo que no es creíble, fueseis sorprendido *in fraganti*, el poder misterioso de que dispongo, conjuraría el peligro, evitando el escándalo, y al poco tiempo de esta asociación, tendréis una fortuna con que retiraros del *trabajo*.

Mourad se detuvo para encender un cigarro, y Sivasti, que no le habia interrumpido, aprovechó aquel paréntesis, para exclamar:

— Todo eso es verdad, y de este modo nos hemos procurado hasta seis *operarios*, que *trabajan* cada uno en distinto *Círculo*, y gracias á la vigilancia que sobre ellos ejerces, nos pagan exactamente nuestras ganancias, trayéndome por término medio treinta mil francos por día.

— Ya ves si mi idea era buena; antes de dos años, y á pesar de la existencia suntuosa que nos rodea, habré recobrado mis millones y tú no caerás de nada.

— Es lo menos que puedes hacer; tú tienes todas las flores del oficio, mientras que á mí me dejas los abrojos. Vives en la mejor sociedad, disfrutas la estimación de las personas honradas, mientras que yo no trato más que con bribones.

— ¡Bah! Les dedicas un par de horas al día, y disfrutas á tu antojo de todas las demás; yo, en cambio, tengo obligación de estar en los Clubs desde las cinco de la tarde hasta las altas horas de la madrugada...

— Pero, nadie te insulta, nadie te amenaza...

— ¿Acaso esos insultos te commueven? Bien saben que nada pueden hacer contra tí. ¿Denunciarte en el Club? no te conocen; ¿á la Policía? se denunciarían á sí mismos. ¿Cómo perseguir por el delito de jugar á quien no toca una carta? Además, en caso de peligro, pondria en juego todas mis relaciones, mi grande influencia; con

sólo levantar un dedo, te sacaría de cualquier apuro; pero no tienes nada que temer.

—Dices bien; no hablemos de tus remordimientos ni tus temores, mucho más que es tarde... es decir, demasiado temprano. ¿Tienes que hacer alguna observación de lo que has presenciado hoy?

—Casi nada. Dirás al *Candor* que no se ponga á *tallar* antes de las seis: por poco no llevo á tiempo de presenciar su *banca*. El *Candor* ha *tallado* dos veces, lo que es contrario á nuestros propósitos: no debe *tallar* más que una. Muchas *oancas* dichas acabarían por despertar sospechas... El *Tragón* ha tenido un movimiento nervioso al deslizar las cartas *preparadas*. Dile que se contenga, y no juegue en un par de días para calmar sus nervios. El *Jovial* há barajado mucho, y con demasiada atención: que no se preocupe tanto, ó acabará por infundir sospechas. He dicho. ¿Tienes por tu parte algo que comunicarme?

—Sí; el *Receloso*, — dijo Sivasti, — afirma que está malo; pide veinte mil francos, y promete traerme cien mil lo menos.

—Se los niegas; iría á perder nuestro dinero á Monte-Carlo, donde no se puede andar con bromas; además, se debe desconfiar de ese hombre; tiene á veces veleidades de honradez. ¿Cuánto dinero tienes en caja?

—Trescientos veinte mil francos; pero temo verme obligado á abrirles brecha; me he dejado coger en las redes de una criatura adorable, pero de un apetito voraz.

—¡Cómo te envidio! — dijo Mourad suspirando. — Los glotones sucumben más pronto ó más tarde, ante la tentación de una buena comida, pero los que tienen un apetito honesto...

—¡Adiós! ¡ya vas á hablarme de la hermosa Susana de Bussine! ¿Sigue ocupando tu corazón?

—¡Más que nunca! ¡No pienso más que en ella!

Todas las mujeres que visitan el Palacio de Fatmah me son indiferentes, como me llegaron á ser las esclavas de mi *harén*; pero esta linda Susana, con sus ojos azules, sus cabellos rubios, su honradez...

—Basta, — dijo Sivasti; — su honradez es lo que te seduce. En Túnez no encontrabas resistencia; ¡tantas mujeres, otras tantas esclavas! En París la misma facilidad con casi todas; las más porque te han encontrado seductor, las otras original, y si te lo propones, las más lindas, las más encumbradas de la sociedad parisién, harán una corta estación en tu Palacio oriental; pero Susana de Bussine no pondrá los pies en aquella casa, y por eso la prefieres á todas.

—Es verdad; pero el mal no desaparece porque la causa se conozca.

—Puede por lo menos combatirse... La virtud de Susana es la que sostiene tu pasión; pues hay que destruir esa virtud.

—No deseo otra cosa; ¿pero, cómo?

—¿Ves con frecuencia á tu adorada?

—No; cuando voy al estudio de su padre á comprar algún cuadro, y voy de tarde en tarde. Tengo la timidez de un enamorado.

—Así sucede siempre. ¿No me has dicho que tu pintor de cámara estaba enamorado de Fatmah?

—Sí, y juraría que su pasión hace rápidos progresos.

—¿Dónde se ven?

—En el estudio del pintor, donde Fatmah va todos los días hasta acabar el retrato.

—¿Y la creés insensible al amor que inspira?

—Absolutamente. ¿Pero qué hay de común entre el amor del padre y el que me inspira la hija?

—Ya te expondré más adelante mis ideas. Otra

pregunta: me dijiste á bordo del vapor *Africa* que el señor de Bussine tenía las cartas, quizá por haberlas manejado mucho.

—Si, eso dije.

—No te habías engañado; he averiguado en la sociedad que me rodea, que Jorge de Bussine se arruinó en otro tiempo al juego; pues una noche se cegó, en términos de dejar sobre la mesa unos cien mil francos, y que al siguiente día dejaba la Francia y salía para Argelia; desde aquel día no ha tocado una carta, pero ya conoces el refrán: *El bebedor nunca se cansa de beber...*

—Bien. ¿Qué tengo que ver con esos refranes?

—Si nada deduces de ellos, me explicaré. El amor de Bussine por Fatmah, de un lado, y su debilidad por el juego de otro, harán que tarde ó temprano seas dueño de la voluntad del padre, y entonces la hija será tuya...

*
**

La inquietud de Susana respecto á su tío iba en aumento.

—¿Qué habrá sido de él, —decía á Cesarina, viéndose ésta obligada á contestarle:

—Su última carta está fechada en Liverpool.

—Yo conozco en Inglaterra á mister Lionel Murdon; si le escribo irá á Liverpool á ver á mi tío, que quizás esté enfermo; y si es así, iría al momento allí, para cuidarle, y estar á su lado...

Cesarina aprobó la idea de escribir á Inglaterra, con objeto de ganar tiempo.

Susana escribió á Lionel, el que, por complacerla, se entregó á las más activas investigaciones, sin obtener el menor resultado.

Entonces la joven quiso ver al señor Robins, el banquero, que había sido jefe de su tío; la se-

ñora Petithomme consintió en acompañarla, pero no sin haber visto el día antes al banquero, concertando con él la respuesta que á la joven debía dar.

—Desde hace mucho tiempo, —dijo el banquero, —dejó vuestro tío mi casa; yo mismo se lo aconsejé: le ofrecían puesto más ventajoso, si bien con la obligación de viajar, y tengo entendido que hace algún tiempo pasó á América; quizás esté en los Estados-Unidos.

—Me hubiera escrito.

—¡Tal vez! Se habrá extraviado la carta; yo tengo correspondencia numerosa con aquel país y puedo dar fe que muchas se pierden.

Susana sufrió con paciencia, pero se informó de los días en que llegaba el correo de los Estados Unidos. Después, cuando pasó y perdió toda esperanza, redobló sus preguntas, no habló más que del asunto, y Cesarina, que le veía todos los días, trataba en vano de calmar su inquietud, aunque se congratulaba por aquel cariñoso interés.

—¡Ah, decía alguna vez á su marido! —si hubiéramos tenido una hija como esa...

—¿Para qué? —respondía el coloso; —Susana ocupa su lugar.

—Tienes razón, —contestó Cesarina; —de algún tiempo á esta parte la tienes siempre. Verdad es que te ha servido de mucho vivir en la cárcel al lado de nuestro querido mártir. Si volvieras un día y vieras si podías hablarle....

—Sería en vano: los Carceleros no son como los Vigilantes. ¿Y qué quieres? Yo mismo temo verme encerrado para toda mi vida en aquel gran sepulcro que se llama Casa Central.

—Sí, sí, es verdad; y en ello no serviríamos gran cosa al señor Lecomte; le serviríamos mejor en libertad. Cuando su nuevo proceso se haya visto, le pondrán en comunicación y encontrare-

mos medio de verle. Si sale absuelto, el señor Robins me asegura le perdonan los tres años que le faltan de su primera condena...

—Eso sería lo mejor,—dijo el coloso, que de vez en cuando seguía siendo el eco de la opinión de su mujer.

—Por ahora,—dijo Cesarina,—todo mi empeño consistirá en seguir engañando á Susana; hay que tener en cuenta que su tío ha mostrado siempre gran empeño en que su sobrina ignore la condena que sobre él pesaba, y hasta ahora todo lo ignora. Pero su silencio me inquieta; desde hace algún tiempo nada me pregunta, y no puede haberle olvidado... ¿Qué pasa en su espíritu?

—Eso es, ¿qué pasa?

Jorge de Bussine sufría también por la ausencia de su hermano; pero su inquietud no era de la misma naturaleza que la de Susana, porque la señora Petithomme le había dicho la verdad de todo lo acaecido. Jorge se decía para tranquilizar su conciencia:

—Esta no es culpa mía; yo en esto nada tengo que ver.

Pero su conciencia le decía que este segundo suceso era consecuencia del primero.

Si á Susana nada lograba distraerla, Jorge, en cambio, tenía una distracción que ocupaba la mayor parte de sus horas; experimentaba por Fatmah una de esas inclinaciones vehementes que trastornan la razón de un hombre; era más que pasión un capricho, un deseo propio de su temperamento ardiente.

Jorge de Bussine tenía á la sazón cuarenta años, y es cuando las pasiones se apoderan con mayor violencia del alma, por lo mismo que tocan á su fin; además, los tres años que había pasado en Africa alejado de las mujeres, hacían disculpable que se dejara arrebatar de una pasión.

Dos días después de su instalación en Paris, Fatmah se dirigió al estudio del pintor. Había atravesado la capital en un carruaje cerrado, lo que le permitió ir con su traje oriental, y colocarse desde luego en la actitud ya elegida por el artista.

Sin pronunciar una palabra, respondiendo con una inclinación de cabeza al saludo de su huésped, lenta, grave, se dirigió al diván que le estaba preparado, y se tendió en él con indolencia, medio reclinada, con las piernas tendidas, la cabeza apoyada sobre el brazo derecho, graciosamente doblado, y cuidó de dar á su rostro la expresión ya convenida entre el pintor y el modelo; sus ojos medio cerrados, fijaban en Jorge una lánguida mirada, y en su sonrisa voluptuosa dejaba asomar, por entre sus labios rojos, unos pequeños dientes blancos.

Jorge tomó sus pinceles, pero, al mirar al modelo, su mano permaneció quieta; él mismo había exigido aquella colocación, aquella expresión, sin comprender cuánto iba á sufrir el hombre en lucha con el artista.

Hubo momentos en que tuvo tentación de arrojar los pinceles, para correr á estrechar en sus brazos á la circasiana; pero le contuvo el temor de que aquella mujer dijera:

—¡Detenéos! ¡Yo no soy una mujer, soy un modelo!

Aquel día creyó, sin embargo, apereibir que la mirada de Fatmah era más lánguida, que los labios se entreabían con mayor voluptuosidad, y sin poder dominarse, se acercó al modelo, como si quisiera cambiar algo en la postura, y estrechándose á su contacto, estrechó aquella mano y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Eres fascinadora, y te amo!

IV

La circasiana no pareció ofendida, ni sorprendida por aquellas palabras; no cambió de actitud siguió abrasando al artista con su mirada.

—Te amo, sí,— repitió éste, siempre de rodillas, confundiendo su aliento con el de su adorada.— ¡Daría cuanto hay en el mundo, porque me amaras!

Hubiérase dicho que Fatmah no oía, según permanecía indiferente, pero como él se acercase aún más, ella le detuvo con estas palabras:

—Has dicho que darías cuanto hay en el mundo, y eso nada significa, esa es una de tantas frases de mi país en que la ficción reemplaza á la palabra. Yo creía que los franceses se explicaban con más precisión.

—Dime lo que deseas, y te lo daré.

—Deseo,— dijo la esclava con indolencia,— dejar la mansión donde Mourad me tiene cautiva: quiero vivir como las mujeres de tu país; vestirme como ellas; salir cuando me agrade; recibir á quien quiera; vivir en una casa, no en un *harrén*... Dame esta nueva existencia, y te amaré. En otro tiempo me vendieron á Mourad, y puesto que soy una mercancía, cómprame.

Y su fascinadora mirada envolvía á Jorge. Este febril, agitado, olvidando su posición y los escasos medios de que disponía, exclamó:

—Te daré la vida que sueñas; te haré libre y dichosa:

Fatmah le dirigió una mirada más tierna aún, y Jorge, acabando de perder el juicio, tomando

el presente por el porvenir, quiso estrecharla en sus brazos, pero, la esclava, ágil y flexible, se dejó resbalar por el diván, dejando á Jorge en el vacío; después, en pie, apoyando ambas manos en los hombros de Jorge, siempre arrodillado, dijo con un acento dulce y melancólico:

—Me han dicho, en Oriente, que no debo creer en promesa de europeo; aguardaré para amarte á que me hayas dado las pruebas que pido de tu amor: cuando llegue ese día, dejaré la casa de Mourad para vivir contigo.

Y dicho esto, se dirigió hacia la puerta; Jorge quiso detenerla, pero le dirigió una mirada fría, que le dejó clavado en su sitio.

Permaneció sólo en su estudio, echado en el diván que acababa de dejar la sirena, viéndola todavía en su mente, oyendo su voz, aspirando su perfume...

Hasta entonces la había amado, pero sin esperanza. En efecto, ¿cómo creer que podía luchar con Mourad-Bey, que por su fortuna, su figura, su prestigio, podía llamarse el galán predilecto de la sociedad parisién? Pero veía la posibilidad segura, no sólo de luchar, sino de triunfar. Fatmah había salvado en un instante la distancia que les separaba; para poseerla, sólo era necesario oro, mucho oro... y aquí se detenía, su frente se nublabá. ¿Dónde encontrar los medios de comprar y alhajar un hotel para instalar su ídolo? Lo había ofrecido, ¿cómo no cumplirlo?

Había vivido en Argelia con penuria; gracias al capricho de Mourad, por su cuadros, su vida en Paris era desahogada, y aunque se le hubiera importado muy poco satisfacer el lujo y caprichos de su querida con el dinero del amante de ésta, la venta de sus pinturas no podían producir lo suficiente.

— ¡He estado loco en prometer! — se decía, pa-

seándose agitado por el estudio. — Esa mujer no piensa sino en venderse; ¡yo no puedo, no debo ni quiero comprarla!

Mientras se daba estas razones para fortalecer su valor, veía á Fatmah en el diván, en su arrebataadora postura, y aspiraba los perfumes del Oriente, de que iba impregnada.

— ¡Ah! ¡Si fuera rico, si pudiera, como en otro tiempo, jugar, pasar de la pobreza á la abundancia! ¿Por qué no? La suerte tiene sus períodos; cuando trata mal al jugador, suele bastarle á éste abstenerse una semana, y después volver á probar fortuna, y la fortuna ha cambiado.

¿No habría cambiado la suya en tres años y medio? ¡Pero su juramento, el juramento hecho á su hermano, á su hija, á su mujer tendida en el lecho mortuorio!.. ¡Ah, sería indigno, más infame aún que el robo cometido en perjuicio de su hermano!

Y como el pensamiento de Fatmah le asediase de nuevo, quiso buscar á su hija, esperando que la vista de aquella niña angelical ahuyentase sus malos pensamientos.

Encontró á Susana en compañía de la señora Petithomme en la estancia que llamaba de su madre.

Esta estancia se parecía á aquella en que Enriqueta había muerto; allí, cerca de aquel lecho mortuorio era donde él había pronunciado su juramento.

— ¿Estás triste? — dijo á Susana. — ¿Por qué no quieres salir, distraerte?... Por el día no puedo acompañarte porque trabajo, pero, por la noche, me tienes á tu disposición; ¿quieres que vayamos á algún teatro.

— No, no iré á ninguna parte mientras no tenga noticias de mi tío.

— Yo lo hacía por interés de tu salud; por

lo demás, sufro tanto como tú por la ausencia de Luciano.

Susana, con los ojos fijos en el suelo, no respondió.

Avisaron que la comida estaba servida, bajaron al comedor acompañados de Cesarina, á la que no permitieron volver á su casa.

En la mesa, Jorge para distraer á su hija, habló de Argelia, de varios episodios á que iba unido el nombre de Lionel Murdon, que tenía siempre el don de despertar el interés de la joven.

A las nueve y media Bussine salió: el rato pasado al lado de su hija le había calmado los nervios, y pensó que el aire libre y el ejercicio acabarían de serenarlo. Dirigióse al centro de Paris: se encontró pronto en el boulevard de los Italianos, y á dos pasos de la casa donde en otros tiempos había dejado su fortuna y su honor... ¿Seguiría el Club en la misma casa?

Fuese acercando y vió diferentes carruajes á la puerta, que atestiguaban la estancia del Círculo en la misma casa. Si entraba, ¿le conocerían? No era probable: tuvo curiosidad de ver más de cerca la casa fatal, y se adelantó á contemplar la puerta, decidido en absoluto á no entrar.

— ¿Está bueno el señor Conde? — dijeron á su oído.

Volvióse Jorge y vió al portero del Club.

— ¿Me habéis conocido?

— Al momento, señor.

— ¿Han pasado cuatro años, y seguís todavía aquí, Marcelo?

— El personal de la casa no ha variado. ¿No sube el señor Conde?

— No tengo ese derecho; ya no soy socio.

— Eso no importa: de seguro que no le han borrado de la lista. Si se toma la molestia de subir á Secretaría, se convencerá.

—Corriente; en ello nada pierdo,—dijo para sí;—satisfaré esa curiosidad, y partiré al momento.

Subió al piso principal; encontró al portero de siempre, y dijo:

—No estoy en lista, ¿no es verdad?

—¿Por qué nó, señor Conde?

—Porque no he pagado mi cuota desde hace tres años; creo que es la mejor de las razones.

—Se ha considerado vuestra ausencia de Paris como accidental, y según el artículo 15 del reglamento, no tenéis que pagar vuestra cuota sino desde el corriente mes.

Llegó en aquel momento uno de los socios y al apercibir á Jorge, exclamó:

—¿Estáis de vuelta, Bussine? Pasad, pasad, todos los amigos tendrán un placer en veros; siempre os hemos considerado de la casa, á pesar de vuestra ausencia.

—Es que...

—¿Qué os detiene?

—Que si entro, no ha de ser para jugar.

—¿Quién os obliga á ello? Si vuestro propósito es firme, resistiréis á la tentación; el valor está en vencer al peligro, no en huir de él. El hombre verdaderamente dueño de sí, se expone y triunfa.

—Tenéis razón; entremos.

En la sala de lectura encontró los mismos amigos de siempre, y los más se contentaron con hacerle un saludo con la mano, como si le hubieran visto la vispera; ni siquiera se habían apercibido de su larga ausencia.

En la sala de juego encontró los mismos al tercados, los mismos jugadores: el uno con su sangre fría habitual, el otro con su efervescencia; éste fúnebre, el otro jovial; uno apilando las monedas con mano febril, el otro acariciando la

cartera dentro de su bolsillo para estar más pronto á aguardar la ganancia que esperaba obtener.

De las ochenta personas allí reunidas, ninguna dió á Jorge la bienvenida, ni le pidió noticias de su salud, ni le tendió la mano. El jugador cuando juega, olvida toda fórmula social; está preocupado, inquieto, y contesta apenas al amigo que le abraza con efusión.

Pero el dueño de la casa apercibió á su antiguo cliente; se le acercó, le felicitó, y después de cambiar algunas frases, dijo con jovialidad:

—Recuerdo que la noche que jugásteis por última vez, os presté ocho mil francos.

—Es verdad, lo había olvidado.

—Ya lo he supuesto; estábais algo turbado aquella noche; por eso no me he sorprendido que partiérais sin arreglar vuestra cuentecita, y aguardaba, como veis, tranquilamente vuestra vuelta.

—Os traeré mañana ese dinero,—exclamó Jorge,—y os doy las gracias por vuestra larga paciencia.

No era tan desinteresado como parecía, porque aquel hombre había ignorado siempre la residencia de Jorge.

Al acercarse á la mesa de juego, sintió que le tocaban en el hombro: volvióse y reconoció á Mourad, que le dijo alegremente:

—Mi artista predilecto! ¿No jugáis?

—No, señor; ese es un lujo demasiado caro para mí; soy simplemente espectador, y la prueba es que no he traído dinero.

—Si no es más que eso, el mío está siempre á vuestra disposición.

—Gracias, gracias, no pienso jugar.

—Os felicito con toda mi alma,—dijo Mourad. Y acercándose á su oído, murmuró:

—Todas estas gentes están locas.

Este era también el parecer de Jorge.

Por un momento se sintió acometido de la tentativa de jugar, asombrándose de haber podido cometer tantas faltas por tan vergonzosa pasión.

Contempló el juego largo rato, y salió de allí encantado; todos sus pensamientos eran inútiles, su fuerza de carácter sólo le salvaba. Volvió á su casa á las doce, satisfecho de sí mismo.

—¡Ah!— se decía, —si mi hermano hubiese podido verme esta noche, ¡qué contento estaría de mí!

Al día siguiente se levantó temprano y pasó toda la mañana trabajando.

A las cuatro seguía trabajando, cuando llamaron á la puerta.

—Entrad, —dijo sin moverse de su sitio.

La puerta se abrió y apareció Fatmah.

Con su paso lento, su balanceo habitual, se adelantó á Jorge, que sorprendido por semejante aparición, permaneció inmóvil.

—¿Os asombráis de verme? —dijo tendiéndole la mano, cosa que no había hecho nunca.— No acostumbro á venir dos días seguidos, pero temo volver muy pronto á mi país, y deseo no se quede el cuadro sin acabar.

La emoción le impidió interrumpirla, por fin dijo con acento trémulo:

—¿Partís? ¿Por qué?

—Mourad dice que le soy inútil en Paris, y me devuelve á Circasia, de donde me sacó.

—¿Volvéis con gusto?

—¡No! Porque no tengo allí familia: pero el dueño me manda partir, y debo obedecerle.

—Os equivocáis, tenéis el derecho de quedaros, como me decíais ayer, sois libre.

—¿Y qué hago yo aquí? ¿Qué será de mi vida si Mourad me abandona? No conozco á nadie más

que á vos, y aunque me habéis manifestado algunas simpatías, no podéis hacer nada por mí.

—Por el contrario, ya sabéis lo que os he prometido.

—Y no cumpliréis, —dijo vivamente.— Mi pretensión era loca; os ruego que la olvidéis. ¿Cómo habéis de darme todo lo que yo necesito; vos, un artista que trabaja para vivir? Yo devoraría todos vuestros cuadros en un solo día.

Jorge tuvo un desvanecimiento y quiso sellar aquellos labios que devoraban fortunas; pero ella con un ademán frío y altanero, le dijo:

—No, un pintor respeta sus modelos; yo no soy más que un modelo en vuestro estudio; empecemos la sesión, —dijo, tomando en el diván su postura habitual.

—Decís bien, —repuso Jorge con ademán febril, volviendo hacia su caballete, — voy á tratar de trabajar.

—Eso es; os prometo tener la expresión que deseáis.

Y como las grandes actrices que al salir á la escena se transforman y dan á su rostro la expresión jovial y trágica que requiere el papel, así Fatmah adoptó la expresión que le estaba encomendada.

Hacia un instante que Jorge trabajaba, cuando Fatmah le dijo:

—¿No empezásteis en otro tiempo un retrato mío con el traje de bailarina de Biskra, esos bailes célebres en toda la Argelia?

—Sí; pero no habéis querido volveros á poner el traje, encontrándolo demasiado ligero.

—He hecho mal, he olvidado que el modelo no es una mujer; ¿conserváis todavía aquel vestido?

—Sí, en ese armario.

—Sacadle.

Jorge fue inmediatamente á buscar el traje, y

ella, después de examinarle un instante, dijo:
—Quiero olvidar mis escrúpulos y me le voy á poner; sacad el retrato, que está á medio hacer, y también los colores; dentro de un momento soy con vos.

Dirigióse hacia el biombo que, en un extremo del estudio, servía para vestirse y desnudarse los modelos, y antes de desaparecer, volvióse á Jorge y le dijo:

—En la inteligencia, que es sólo el modelo quien va á presentarse á vos: si tratáis de manifestarme vuestra admiración de un modo inconveniente, no me volveréis á ver nunca de semejante traje.

Diez minutos bastáronle para transformarse, y se presentó deslumbradora, velando entre gasas su media desnudez. Un rayo de sol, que en aquel momento llegó al estudio, la envolvió entre sus resplandores, y tomó la actitud voluptuosa de las bailarinas que había visto en el *harén*.

Jorge la miraba trémulo, palpitante, sin fuerza para trabajar.

—Vamos, trabajad; ved que mi postura es violenta.

El artista fingió dar un toque al lienzo, para tener la libertad de mirarla, pero su mano temblaba... sus rodillas se doblaban. La astuta mujer comprendió su emoción y tuvo piedad de él; dejó su violenta postura, y suplicó se suspendiese la sesión hasta el día siguiente, dirigiéndose detrás del biombo; y volviendo á aparecer en su traje habitual, despidióse del pintor, fijando en él una mirada llena de promesas.

Jorge no logró este día, como el anterior, deshacerse del recuerdo de aquella mujer.

—¡Ah! si pudiera obtenerla—se decía,—¡qué hermoso sueño de amante y de artista!

Al momento, el reloj dió las cinco: esta era la

hora en que se habían citado la víspera delante de él varios de sus amigos. X... había prometido *tallar*, y como tenía dominada á la suerte hacia muchos días, todos esperaban enriquecerse á su costa.

En otro tiempo, Jorge no hubiera desperdiciado esta ocasión de tomar parte en el botín, y al presente lo hubiera probado, á no impedirselo su sagrado juramento; pero no quería faltar á él.

Decidióse, sin embargo, á ir al Círculo, para pagar al dueño de la casa su deuda. Al mismo tiempo vería con placer *tallar* aquella *banca*, que tenía interés; lo cual no le ofrecía ningún peligro, puesto que estaba curado radicalmente.

Hizo dos partes del capital que poseía, dejó diez mil francos en su gaveta, y puso otros diez mil en su bolsillo para pagar la deuda, con los intereses.

X..., como había ofrecido, sentóse á *tallar*, y siguiendo las previsiones de todo el mundo, empezó á perder; pero decidido á luchar, colocó delante de él un paquete de billetes de Banco.

Jorge no experimentó la menor tentación al verlos, y hasta sacó de su bolsillo sus diez billetes de mil francos, y los tuvo en la mano... No necesitaba más que abrirla y soltarlos sobre la mesa, y sin embargo, no lo hizo; y esta prueba de voluntad fue concluyente, permaneciendo impasible, jugando mentalmente y diciéndose:—*He ganado: doblo... he vuelto á ganar.*

Mourad, interrumpiéndole su placer inocente, estrechó su mano, diciéndole:

—Sea en hora buena; veo que no jugáis. Me agrada encontrar un hombre prudente entre tanto loco. ¿Vais á permanecer toda la tarde viendo jugar?

—No por cierto.

—Pues bien: venid á sentaros en este diván,

y hablaremos un rato. Es muy grato para un salvaje como yo, hablar con un parisien espiritual como vos.

V

Sentáronse en uno de los divanes de la sala de juego, y dijo Mourad con indolencia:

—¿Habéis quedado hoy contento de Fatmah?
¿Se ha colocado bien?

—Perfectamente, — murmuró Jorge turbado al oír pronunciar el nombre de su modelo.

—Os la he enviado; y si no va todos los días, se quedará sin acabar el retrato, porque la mando á su país.

—¿Y por qué? Perdonad la pregunta.

—¿Cómo! ¿no os lo ha dicho?

—No; me ha dejado entender que os habíais cansado de ella.

—¡Ah! ¿Eso créé? Entonces ya me explico su tristeza. ¡Si ella conociera mis verdaderos motivos!...

—¿Tenéis otros?

—¡Ya lo creo! Pero no quisiera que llegara á su noticia; abusaría de mi debilidad y de su poder.

—Soy incapaz de venderos.

—Es verdad; voy á abriros mi corazón, mucho más que vos sois el único á quien puedo hablar de ella.

Llamó á un criado, pidió fuego para encender el cigarro que en la mano tenía, y volviéndose hacia Bussine, exclamó:

—Sabed, amigo mío, que me separo de ella,

que la envío á su país, porque sufro celos ridículos.

—¿Vos?

—Sí, y no os asombraríais si conociérais á Fatmah como yo la conozco. Es una mujer caprichosa, adorable, la única que, entre tantas mujeres como encerraba mi *harén*, ha logrado fijar mi atención y hacerme dolorosa su separación. Su hermosura, su pasión, su abandono, la hacen de tal manera encantadora á mis ojos, que no puedo permitir que pertenezca á otro; sobre todo á mi vista, en la ciudad que yo habito.

—¿Y teméis, — murmuró Jorge cuya emoción subía de punto, — que pueda preferir á otro hombre?

—¡Quién sabe! Ya no está en Oriente, no está rodeada de rivales que la espían, de esclavas que la vigilan, de eunucos responsables de su virtud... Goza en París una libertad casi completa, y desde hace algún tiempo observo que entra y sale demasiado, y él otro día sorprendí á un joven que trataba de introducirse en mi casa... es decir en la suya... ¿Qué queréis? Es absurdo, ridículo, pero estoy celoso; y como los celos mortifican la existencia, yo no quiero que nada altere la mía, y por eso aparto á Fatmah de mi camino.

—¿Para siempre?

—No tal; pienso ir á buscarla el próximo verano; no puedo prescindir enteramente de ella; no puedo olvidarla; y si os he pedido su retrato, es para tenerla siempre á la vista. Con que concluiréis su retrato á la mayor brevedad, ¿no es cierto?

—Sí tal, pero...

—¿Cómo! ¿Qué os detiene? ¿Tenéis secretos para mí? Yo no los tengo para vos.

—Me admira que siendo tan celoso, déis permiso á Fatmah para salir y entrar á su antojo.

—No la autorizo más que para ir á vuestra casa.